

Mariana Ferrari - PINTURA Y PENSAMIENTO

Por Graciela Taquini

Desde la prehistoria y a lo largo de su larga existencia la pintura ha experimentado diversos cambios de función: desde la mágica, religiosa, conmemorativa, decorativa, mimética, hasta desembocar en el siglo XX en una completa autonomía y ser considerada el paradigma de creación artística. Pintor y artista hasta hace muy poco eran considerados sinónimos.

Es Marcel Duchamp quien cuestiona a un "arte con olor a trementina" y en los sesenta se decreta su muerte. En el siglo XXI la pintura preside el interés del mercado, mientras la enseñanza artística la encuentra en plena crisis.

Habría que distinguir la diferencia de la pintura como praxis, de lo pictórico como una categoría que impregna en la actualidad otras disciplinas, incluyendo la fotografía el diseño, el cine, la arquitectura.

Mariana Ferrari, como la mayoría de los artistas actuales, posee un amplio espectro de intereses, incursiona en la escultura, las instalaciones o el video. Pero no lo hace simplemente para practicar un oficio o una técnica sino como acto performático. Inclusive para bucear de manera conceptual y fáctica acerca de su condición de artista. La preocupa una actitud crítica hacia todo purismo. Le interesa la superposición de elementos, la alteración de valores, la hibridación de fuentes, el cruce de géneros. Un buceo por la ambigüedad donde el prefijo "**trans**" rige la articulación del sentido, utilizando lenguajes y estéticas en tránsito, en perpetua circulación y tráfico.

Para esta muestra propone un tríptico, tres pinturas de distinta escala, y con los formatos del origen renacentista de la pintura de caballete: el cuadro y el tondo (circular). Es el espectador quien editará en su contemplación esta triada arbitraria. Mariana Ferrari en su ejercicio de las estéticas del presente elige una cita a una pintura famosa, en este caso la **Vendimiadora** de Goya. Sin embargo, no alude al Goya romántico de las pinturas negras, lo que implicaría referirse a su estilo de mayor ruptura, sino al Goya más clásico, cuya **Vendimiadora** no es realidad un producto final, sino que era un cartón preparatorio para servir de modelo a un tapiz. El hipertexto de Mariana Ferrari, en realidad, refiere a una intermediación. Además recorta un fragmento de la composición total. La yuxtapone a una pintura de caza, donde elabora de manera diferente fondo y figura. Allí reflexiona sobre la cualidad del valor de una obra y su largo tránsito hasta volver a sacralizarse en una Galería de Arte. Su modelo podría provenir de un cuadro monumental adornando un comedor burgués del siglo XVIII, o una lámina enmarcada en un hotel de un centro de ski, tal vez una figura hallada en un almanaque. El tercer cuadro de composición circular, un tondo, posee en su centro un elemento familiar de nuestra sociedad de consumo: un simple cucurucho de helado pintado con la técnica y los

exquisitos colores de un bouquet de flores rococó. Ferrari se apropia de un estilo con la sabiduría de un pintor de boudoir.

Las narrativas que propone no parten de una hermenéutica que daría la clave de cada signo representado, sino que lo que dispara son discursos sobre las cuestiones del arte contemporáneo preguntándose sobre el valor de las imágenes, desde las más prestigiadas, a las más degradadas y consumidas, indaga sobre complejos procesos de descontextualización o de cambio de función, de código, o de reinterpretación. De esa manera sus operaciones artísticas no son exclusivamente manuales, no son puras habilidades y secretos de manipulación de pigmentos, soportes y formatos Ferrari privilegia otras misiones del arte referidas al pensamiento, a la no aceptación de una tradición, al cambio de paradigma. Pero lo hace desde el corazón, desde el núcleo profundo de un saber hacer arte.